

V ENCUENTROS BRUMA NEGRA

1992 - 2017

5 GARREN LANBRO BELTZA TOPAKETA

NOVELA Y CINE NEGRO
ZINEMA ETA ELEBERRI BELTZA

23 - 24 DE JUNIO DE 2017
2017KO EKAINAK 23 - 24

Plentzia Beltza



Organizadores / Antolatzaileak:



Ayuntamiento de Plentzia
Plentziako udala



Calibre 38: Novela, cine, cómic...

Fotografía / Argazkia: Santi Fernández

Diseño gráfico / Diseinu grafikoa: María Barasorda

Colaboradores:
Kolaboratzaileak:



V Concurso Internacional de Relato Bruma Negra

Convoca: Ayuntamiento de la Villa de Plentzia

Organiza: Revista Calibre .38

El jurado del V Concurso Internacional de Relato Bruma Negra (modalidad castellano) convocado por el Ayuntamiento de la Villa de Plentzia, compuesto por Juan Mari Barasorda, Noemí Pastor, Cristina García Ferry, Laura Balagué y Ricardo Bosque, este último en condición de presidente del mismo, ha decidido otorgar el primer premio a María Clara Rueda por su relato “Marcos es un hombre bueno”, presentado con el seudónimo R. Gris. Los otros cuatro autores y relatos finalistas han sido (por orden de votos obtenidos):

“As de picas”, de Ernesto Tubía Landeras

“Paciencia”, de Santiago Eximeno Hernampérez

“Volver a empezar”, de Jesús Zaplana García

“Zapatos”, de Israel López Escudero

En Plentzia (Bizkaia), a 24 de junio de 2017

Índice

Marcos es un hombre bueno. M ^a Clara Rueda	5
As de picas. Ernesto Tubías Landeras	15
Paciencia. Santiago Eximeno Hernampérez	26
Volver a empezar. Jesús Zaplana García	36
Zapatos. Israel López Escudero	46

Marcos es un hombre bueno

María Clara Rueda

Marcos es un hombre bueno. El día que me confesó que me quería, frente al perro de Koons que él adora y yo aborrezco, eso fue lo que pensé: Marcos es un hombre bueno. Fue todo lo que se me pasó por la cabeza y me pareció suficiente.

El perro, entonces, era verde. Ahora, si la bruma se levantara un momento, lo veríamos sonreír entre azules.

Decidimos casarnos ese otoño, cuando el perro fuera rojo. *Cásate conmigo*, dijo Marcos, y yo dije *bueno* y él preguntó *¿cuándo?* y yo dije *cuando quieras* porque la verdad me daba igual y él miró el perro y preguntó *¿este otoño? ¿cuándo el perro esté vestido de rojo?*

Recuerdo muy bien lo de ‘vestido de rojo’ porque a mí la frase me pareció espantosa y por cuenta de ese adefesio estuve a punto de echarme para atrás, pero en ese momento Marcos dijo: *para octubre habré terminado el proyecto con el ayuntamiento,*

podríamos casarnos y salir de viaje el mismo día, ¿qué dices? Y yo dije *sí, en octubre*, porque la idea de viajar en otoño me pareció deliciosa.

Marcos es profesor de economía en la universidad de Bilbao y trabaja con el ayuntamiento en proyectos de investigación sobre empleo o educación o salud o algo así. No recuerdo los detalles, pero sé que se trata de cosas muy importantes. Marcos es una persona muy importante. Se le nota cuando habla, cuando camina, cuando se sienta, cuando respira... Marcos es un hombre bueno e importante.

Dos días después fuimos a casa de mis padres. Llamé a mi madre y le anuncié que iríamos a cenar. No dije más pero no hacía falta: desde que salí de casa, diez años atrás, no había llevado a nadie a visitar, mucho menos a cenar.

Mi padre abrió la puerta. Se había puesto lo mejor que tiene, un pantalón oscuro, demasiado caliente para el mes, camisa blanca y un chaleco de algo que por fortuna no brillaba. Mamá estaba parada en la puerta de la cocina, de falda verde, todavía cubierta con un delantal blanco, y blusa amarilla. A mi madre se le nota menos el miedo, toda una vida de práctica no ha sido en vano, y sonreía, casi reía, como si estuviera feliz de vernos.

Los dos fueron muy amables con Marcos. Papá le dio la mano, mamá le besó la mejilla y entre los dos y lo llevaron al salón, cada

uno de un brazo, como si Marcos fuera inválido. A mí no me besó ninguno; en casa no nos besamos, como si fuésemos suecos, pero ese es otro tema.

Marcos es profesor de economía, dije apenas nos sentamos. De ahí en adelante mi padre perdió el habla. Y eso que Marcos hizo lo que pudo por congraciarse con sus futuros suegros: sonrió a diestra y a siniestra, inquirió sobre lo humano y lo divino, alabó todos y cada uno de los objetos que adornan el salón, incluidas las fotos de mi hermano, las cinco que reposan, en sus marcos de plata, en la repisa de la chimenea. En algún momento, desesperado por romper el hielo que parecía ensancharse con el tiempo, Marcos se levantó y cogió uno de los retratos, el del centro, creo, y dijo algo amable y banal, algo así como qué guapo chico, yo qué sé. Mi padre se levantó del sillón como un resorte, le quitó la foto de las manos con algo de brusquedad, lo agarró del codo y se lo llevó a tirones al comedor. Mamá terció anunciando inútilmente: ¡vamos a cenar! entre aplausos infantiles. Yo repetí, nerviosa: Marcos es profesor de economía.

En el comedor fue más fácil. Hablamos de comida y hasta mi padre se permitió un par de frases amables alabando el cordero. El resto corrió por cuenta de mi madre y de Marcos. Y sin embargo, debo decir que, pese al desbalance, fue una cena agradable. Llegados a los postres, algo más serena, envalentonada sin duda por el suave intercambio de recetas, solté la bomba: nos casamos

en octubre, dije.

Marcos sonrió. Mi madre tosió. Mi padre miró a Marcos, tragó saliva, evitó mirarme a mí. Por un momento pareció que iba a decir algo, pero después se levantó, volvió a tragar saliva, le dio la mano a Marcos y miró a mi madre con algo que yo nunca había visto y que en ese momento interpreté como aversión. No era eso, sin duda, pues mi madre le devolvió la mirada con tristeza, creo, le sonrió con dulzura y luego también ella se levantó de la mesa y fue a abrazar a Marcos.

El café lo tomamos en el salón. Marcos, ahora ya miembro honorario de la familia, volvió a la carga. El de la foto, ¿quién es? preguntó, de pie frente a la chimenea, el retrato de Jorge en una mano, la copa de brandy en la otra. Fue la primera vez que vi en Marcos un asomo de crueldad. Mamá se levantó para traer galletas, papá la acompañó a la cocina, y nos dejaron solos como si no hubieran oído nada.

En la foto del extremo izquierdo de la repisa, mi hermano tiene dos años. Está sentado sobre el césped y ríe a carcajadas, los brazos en cruz, como si quisiera agarrar el mundo entero en un solo abrazo. Gordo. Blanco. Precioso. Un cachorro. Un bebe. Una promesa. La sombra alargada, que se alcanza a ver desde el borde derecho de la foto y se estira hasta tocar su pierna regordeta, es mía. En ese momento yo tenía cinco años. Esa sombra es la única foto mía que hay en el salón.

Mi hermano envejece de izquierda a derecha a razón de 3 años por foto, más o menos. En la última lo vemos de pie, vestido de paño, corbata, zapatos negros, exhibiendo un rollo de papel blanco, su diploma de bachiller, su última gran hazaña.

Mi hermano tenía el pelo negro-tinta, como Marcos, y los ojos verdes. Era hermoso. Como Marcos. Y bueno. Profundamente bueno. Como Marcos. No sé si mis padres notaron alguna vez el parecido. Yo me di cuenta ese día.

Marcos y mi hermano. Si Jorge hubiera vivido, se habría convertido en Marcos. En un profesor de economía enamorado del perro de Koons. Vaya uno a saber si su muerte fue la gran tragedia que mis padres nos quieren hacer creer... Lo que yo sí sé, es que quise a mi hermano como a mi vida y que esa quinta foto, la última de mi hermano adolescente, es también la última foto de mi inocencia.

Antes de despedirnos ayudé a mi madre a llevar a la cocina copas y platos y servilletas de papel. Recoger desorden, ese es su destino, aun ahora que padece de artritis o artrosis y tiene la cadera hecha polvo. Yo soy buena hija, aunque mi madre no se percate.

Cuando entré a la cocina, cargada de platos sucios, mis padres estaban junto al fregadero, detrás de una barricada de sobras, y no me oyeron llegar. *¿Se casan?*, preguntaba mi madre. *Eso parece,*

respondía mi padre, los ojos fijos en la salsera. Luego, un silencio cargado de malos presagios invadió la cocina. Parece una frase hecha por Marcos, pero eso fue lo que sucedió: un silencio cargado de malos presagios invadió la cocina. Y un poco después: *¿Qué hacemos?* mi madre. *¿Qué quieres que hagamos?* mi padre. *Parece buen muchacho*, mi madre.

Mi padre no dijo más, pero yo sé qué pensaba: que yo no puedo con la bondad; que lo que yo he traído a casa ha sido siempre vil y trágico; que algo en mí es negro, frío, perverso; que atraigo la crueldad.

No volvimos jamás.

Los primeros tres años de matrimonio han sido menos interesantes de lo que yo esperaba. De lunes a viernes los días van así: trabajo, sexo, cena, dormir; o trabajo, cena, sexo, dormir. Los fines de semana así: sexo, desayuno, sexo, compras, y luego el cine o un bar. El sexo es pasable, las cenas suelen ser malas, el cine, según.

Una vez al mes mi madre llama. Todas las llamadas son iguales y todas le cuestan lo mismo. Tres años y mi madre aún no se lo cree. *¿Estás bien?* Empieza. Y solo suelta el aire cuando le respondo que sí, que de maravilla, que como siempre. Suelta el aire y se relaja y yo la oigo llevarse la mano a la frente y limpiarse con la manga una lágrima imaginaria. *¿Todo bien? ¿Y Marcos?*

¿Cómo está Marcos? Porque mi madre no se lo puede creer que después de uno, de dos, de ¡tres años por el amor de Dios! Marcos aún no me haya estrangulado. ¿Cómo es Marcos? Eso es lo que quisiera preguntar y no pregunta. No dice eso ni ¿quién lo hubiera creído? no dice nada de lo que piensa, pero sus silencios viajan con más fuerza que las palabras, calientan con su intensidad la bocina del teléfono y terminan por explotar sin misericordia en mi tímpano desprevenido. ¿Te quiere? ¿Todavía te quiere Marcos?

Así pues, la desgracia que merezco aún no me alcanza. Que me haya casado con Marcos, con un hombre bueno, no les cabe en la cabeza. No les cabe en la idea que ambos se hacen de la justicia: una balanza que algún dios mueve en alguna parte para que los buenos ganen y los malos pierdan. Y yo estoy en deuda. No por haber hecho algo malo, eso nunca lo han dicho y no creo que lo crean, sino por no haber muerto cuando he debido. Muerta yo y Jorge vivo. Así tendría que girar el mundo: con un hijo más y una hija menos. Lo que viven es una aberración matemática, un imposible doloroso.

Y yo he terminado por creerlo. A fuerza de oírlo he terminado por convencerme de que yo estoy condenada a elegir la crueldad y que todos los males del mundo, del mundo de ellos al menos, son el producto directo de mi juicio perverso. Así que todos los días observo a mi marido entre fascinada e incrédula mientras algo en mí espera, como ellos, la prueba terrible de mi error.

Al comienzo me limitaba a eso: a observarlo. Un hombre bueno, un hombre fundamentalmente bueno, ha de ser especial, pienso yo. La superioridad moral tiene que notarse en algo. Sobra decir que yo no esperaba que Marcos tuviese los ojos más o menos separados, el cráneo más o menos ovalado, más o menos pelos en la espalda que los demás mortales; pero algo distinto sí esperaba; algo tangible. Durmiendo con mi esposo, viviendo con mi esposo, ya tendría que haberlo notado. Yo he visto a Marcos vestido y desnudo, limpio y sucio, mojado y seco. Lo he visto con sueño, con hambre, con sed, borracho, con resaca, cansado. Lo he visto cachondo y lo he visto hastiado. Nunca me ha parecido especial.

La bondad, al parecer, no deja huella. Manos de pianista, piernas de futbolista, cintura de bailarín, caderas de madre, ojos inteligentes, de todo eso hay y en abundancia. Pero, ¿hay algo que señale a un bondadoso? ¿Rodillas de buena mujer? ¿Orejas de buen hombre? No hay.

O Marcos no es un hombre bueno. Esa es la otra posibilidad: que Marcos no sea bueno sino afortunado. La duda me asaltó hacia el tercer, cuarto mes de matrimonio. Se lo pregunté a mi madre, durante una de sus llamadas obligatorias: *¿Crees que Marcos sea un hombre bueno, mamá? ¿Crees que si Jorge viviera se parecería a Marcos?* Fue un error garrafal. Mi madre no puede oír hablar de Jorge. Cuando estás con ella es como si Jorge no hubiera muerto, como si más bien se hubiera borrado. *¿Estás*

*bien? ¿Estás bien? Empezó a repetir como una metralleta.
¡Mamá! ¿Y Marcos? ¿Está bien Marcos?*

He hecho varias cosas tratando de entender la bondad de Marcos. Cosas tontas, de las que francamente me avergüenzo, como tirar sus apuntes a la basura, borrar archivos del computador –incluidas las copias–, gastar más de lo que tenemos en cosas que solo a mí me gustan, ponerlo a dieta, quitarle el sexo. Y cosas más sofisticadas como fingir un embarazo –Marcos se puso feliz– y fingir después un aborto –Marcos lloró y me abrazó. He hecho cosas imperdonables y Marcos no me ha dejado de querer, no ha perdido los estribos, no me ha agredido jamás física ni verbalmente.

¿Es Marcos un hombre bueno? ¿Por qué me quiere? ¿Por qué no me odia? ¿Cómo funciona Marcos?

Llevo tres años casada con un hombre bueno. Como bondad mañana, tarde y noche; duermo con la bondad; me despierto con la bondad; vivo con la bondad clavada entre las costillas como un dispensador de insulina. Y todavía no sé cómo funciona.

Ayer, cuando mi madre llamó, se lo dije: Marcos es igual a Jorge, mamá. Es bueno, fundamentalmente bueno; pero por dentro, es igual a todo el mundo. ¡No hay ninguna diferencia!

Mi madre soltó un grito que casi me deja sorda y llamó a mi padre. Después debieron de llamar a la Policía porque media hora

más tarde los detectives estaban aquí. Se llevaron a Marcos en varias bolsas de plástico y dejaron el baño y la cocina hechos una porquería.

María Clara Rueda nació en Bogotá, Colombia en octubre de 1958. Economista, trabaja como docente de economía en la Universidad de Ciencias Aplicadas de Zúrich. Ha escrito dos novelas: *Este muerto no lo cargo yo*, publicada en 2015 por Editorial Alrevés, y *Se me olvidó que te olvidé*, novela autopublicada en el 2017.

As de picas

Ernesto Tubía Landeras

—Vamos, una vez más, sé que lo puedes hacer. ¿Qué carta es la que tengo en la mano?

Recuerdo aquel atardecer perfectamente. Aunque hayan pasado treinta años y entonces tan sólo tuviera ocho, la imagen de mi padre sujetando la carta frente a sus ojos me es tan nítida como dolorosa. Incluso si cierro los ojos y logro abrirme paso entre el dolor que me inyecta recordar aquel atardecer una vez más, puedo rescatar el aroma a whisky y Marlboro que desprendía su aliento. Sí, algunos recuerdos abren heridas que jamás cierran. No hay sutura más lenta que la que cicatriza el alma.

—¿El As de picas? —contesté con dudas, y mi voz atiplada

temblando de miedo.

Los ojos de mi padre, inyectados en sangre por la necesidad de vicios para los que no le quedaba dinero, se encendieron furiosos. Giró la carta, mostrándome el nueve de corazones, y la lanzó con furia al costado. Mi madre, al otro lado del salón, se estremeció, sin ser capaz de mediar entre ambos. En su rostro aún espejeaba el suvenir de su última visita en forma de morado.

—Mira, hijo —dijo, echándose sobre la mesa hasta coger mis manos sobre ella—. Eres mi hijo, mi jodido hijo —confirmó con el ansia formando espuma en la comisura de los labios—. Puedes hacerlo porque yo podía hacerlo. Sé que tienes el maldito don. Yo lo he perdido, ya no puedo. Tengo problemas, ya lo sabes, cariño. Por eso me tuve que ir. Hay cosas, cosas malas que si las tomas te vuelven débil, irritable, nervioso y te hacen perder todo lo que tienes, sea poco o mucho. Yo os perdí a vosotros, y después perdí mi don —asintió, liberando mis manos para regresar la espalda al respaldo de la silla—. Era capaz de adivinar las cartas de crupier, antes incluso de que hubiera barajado. Podía pronosticar dónde se detendría la bola en la ruleta cuando aún no estaba girando. Incluso podía saber cuántas jugadas faltaban para que la tragaperras diera el gran premio. Pero ya no —confesó, con la voz embotada por una tristeza que no era fingida—, y te necesito a ti. Eres mi hijo, y si yo podía hacerlo, si te esfuerzas, seguro que tú también puedes.

—No sé hacerlo —gimoteé, con mientras me sorbía los mocos con fuerza.

Con el tiempo y las actuaciones de mi padre en casa, en las que trataba a mi madre como un saco de boxeo, cada vez que la cuenta descendía y la borrachera aumentaba, el temor hacia mi padre no había hecho sino crecer. Una persona a la que cada vez me costaba un esfuerzo mayor llamarle padre, aunque para mi desgracia lo fuera.

—Vamos a intentarlo una vez más. Voy a coger una carta de este mazo —me dijo, mostrándome un fajo de cartas nuevas, que se deslizaban con suavidad entre sus dedos— y cuando la tenga en la mano tienes que pensar en ella. Yo lo hacía así, sabía que la primera carta que me llegara a la mente sería la acertada, y así era. Si yo decía cuatro de corazones, era el cuatro de corazones el que salía. Si decía Rey de diamantes, el crupier escupía esa carta. Así que vamos...—dejó colgando, mientras elegía una carta al azar y la miraba detenidamente, mostrándome únicamente el anverso del naipe, en el que un payaso reía con los ojos muy abiertos, como si fuera consciente de lo que ocurría, y se mofara de mi sino— ¿Qué carta tengo en la mano?

No dudé ni un solo segundo.

—As de picas —respondí con tanta soltura como me permitía el pavor que me atenazaba.

En aquella ocasión fue incapaz de contener su furia, y tras mostrarme la carta del tres de corazones, la tiró hacia un lado, agarró la mesa con las dos manos y la lanzó hacia arriba, volteándola en el aire. El ímpetu hizo que yo me recostara sobre la silla, y esta cediera, yéndose al suelo conmigo encima.

—¡Maldito, maldito, maldito! —bramaba enfurecido.

Mi madre corrió hacia mí, se arrodilló a mi lado y me recogió entre su pecho. Sentí sus brazos, habitualmente laxos, tensarse a mi alrededor. Aun con todos los años que han pasado desde entonces, no he vuelto a encontrar un lugar en el mundo más seguro que su regazo.

Mi padre avanzó furioso hacia nosotros, deteniéndose cuando la punta renegrada de sus zapatillas topó contra la pierna desnuda bajo la falda de mi madre. Sumergido entre el generoso pecho de mi madre, mirando hacia el suelo por el escaso margen que me dejaba el relieve que daba forma a su suéter beis, esperaba el momento en que mi padre cargara la pierna y comenzaran las patadas. No hubiera sido la primera vez que lo viese, aunque sí la primera que yo podía llegar a protagonizar. Habitualmente el saco donde descargaba su furia era mi madre, pero aquel día estaba fuera de sí, había enloquecido. Cualquier cosa era posible.

En un movimiento veloz —demasiado para su estado—, se agachó, me cogió la cabeza agarrándome del cuero cabelludo y tiró hacia arriba, elevándome hasta que nuestras caras quedaron frente a frente. El dolor por la tensión del pelo y la forma en que me retorció la cabellera era desproporcionado, y aun así me negaba a llorar. Aunque me resultaba prácticamente imposible contener las lágrimas que me abarquillaban los párpados, velándome la mirada.

—Eres un mierdas, como tu madre, nunca serás nada en la vida si no sabes aceptar lo que puedes hacer, lo que debes hacer. Soy tu padre y si digo que lo hagas, lo vas a hacer —me retó, zarandeándome en el aire.

—Suéltale o no respiras más —le espetó mi madre.

Mientras mi padre me elevaba cogido del pelo, había corrido hasta los cajones de la cocina, y en aquel momento, a apenas dos metros de su marido, sujetaba con firmeza un cuchillo de cocina. En el filo, que resplandecía a merced de la luz de la lámpara, pequeñas plumas de pollo se empeñaban en seguir adheridas al metal.

Décadas soportando humillaciones, insultos, golpes y más golpes, no habían logrado extraer de aquella mujer su orgullo. El verme a mí en peligro empero, consiguió que todos los demonios del rencor y la venganza asomaran a través de su mirada,

encendiéndola, vistiéndola con ese tinte imposible de obviar, y que, incluso alguien tan necio como mi padre, supo interpretar. Me soltó en el aire y caí de espaldas, estrellándome de nalgas contra el suelo. El impacto me indujo un dolor eléctrico que ascendió desde el coxis hasta el cuello, como una anguila asustada.

—No eres nada. Ni siquiera tu hijo lo es —murmuró en un bufido, que exhaló un sinfín de pequeñas motas de saliva que constelaron el suelo—. Mientras fui capaz de traer a esta casa dinero, poco te importaba si era del casino, de la ruleta, del bacarrá —continuó—. Y ahora que lo he perdido, que ya no puedo hacerlo, me amenazas con el cuchillo de trinchar el pollo —finalizó, conteniendo una dolorosa carcajada.

—Más vale tarde que nunca —se limitó a responder mi madre, sin dejar de blandir el cuchillo en ningún momento.

Mi padre asintió con la cabeza, recogió la chaqueta que había dejado sobre el respaldo de una silla y se cubrió con ella los hombros. Abrió la puerta de entrada del piso, y antes de abandonar nuestro hogar se giró por última vez hacia nosotros. Había algo en su mirada que no supe descifrar, pero fue la única vez en mi vida que sentí lástima por él.

—Sólo tenías que adivinar la puta carta, sólo eso —se lamentó, con voz trémula.

—As de picas —respondí desde el suelo.

Mi padre sonrió con tristeza mientras asentía con un ademán lento y cargado de miseria. Después salió de casa, cerró la puerta con suavidad y la casa fue invadida por un silencio espeso y plomizo. Mi madre comenzó a temblar, dejó caer el cuchillo y se agachó de nuevo junto a mí, abrazándome. Aunque en aquella ocasión creo que era ella la que necesitaba esa dudosa protección que mi pequeño cuerpo podía ofrecerle.

—No te preocupes, no tendremos que volver a tenerle miedo —dijo, más con el deseo de que fuera cierto, que con la certeza de que así iba a ser.

—Lo sé, mamá. Ya no volverá —le dije con tal firmeza que mi madre se separó de mi abrazo, y me miró con extrañeza, como si fuera la primera vez que me viese.

Tan sólo una hora después la policía llamó a casa, para informarnos de que mi padre había muerto. Lo hallaron cerca de casa, en un callejón que cruzaba por la calle principal, famosa por los trapicheos que se llevaban a cabo en aquel lugar. Todo parecía indicar que era un ajuste de cuentas, que finalizó con mi padre tirado en un charco de sangre con cuatro puñaladas en el pecho. El asesino se había dado a la fuga, y dudaban mucho que se llegara a saber quién era el culpable del homicidio.

Después de aquella llamada mi madre volvió a abrazarme con más fuerza que nunca. Creo que en mitad de aquel abrazo me dio las gracias, pero no podría jurarlo, fue apenas un susurro.

Epílogo

Siete años después el nombre de mi padre volvió a ser mencionado en casa, cuando casi había caído en el más absoluto de los olvidos. Desde su deceso las cosas no habían podido irnos mejor, y el escuchar de nuevo el nombre del individuo que podía habernos arrastrado al averno en el que él se dejó arder, fue como si nos estuvieran echando una maldición.

Tras el asesinato nos mudamos de barrio, a uno no mucho mejor. Sin embargo, dos meses después las cosas comenzaron a encauzarse. Siguiendo mi intuición, mi madre compró un décimo de lotería en una administración que quedaba al otro lado de la ciudad, simplemente porque yo se lo dije. Por supuesto, resultó premiado. Aunque eso ocurrió la primera vez; en las dos siguientes simplemente tuve que recitarle seis números que fue rellenando en el boleto, y que tras un par de días salieron del bombo, prácticamente en el mismo orden en el que los había recitado. Incluso mi madre, llevada ya, lógicamente, por la certeza de que aquel don del que hablaba mi padre era real, invirtió buena

parte de lo ganado en bolsa. Bastaba que yo colocara el índice en el periódico, sobre la empresa que mi instinto considerara, para que las acciones comenzaran a subir.

Lo cierto es que para cuando cumplí los quince, el mismo día en que aquel policía que vestía de paisano recitó el nombre de mi padre, mi madre y yo formábamos una familia acomodada. Una de esas que no necesita grandes lujos para vivir. Puede que ese fuera el secreto de nuestra felicidad, y lo que hubiera salvado a mi padre de su fin. Eso y no haberme pedido que acertase la maldita carta.

—¿Era su marido don Roberto Horesa Bezo? —preguntó el policía, como si no hubiera tocado el timbre de casa completamente convencido de quiénes vivíamos ahí.

—Sí —respondió, lacónica.

El policía sacó una carpeta, la abrió con lentitud y le entregó una fotografía en blanco y negro a mi madre. Yo había caminado hasta la entrada de nuestro piso del centro, pero en lugar de situarme junto a ella, contemplaba la escena desde un segundo plano, apoyado contra el espejo del recibidor.

Mi madre contempló la fotografía que aquel policía le acababa de entregar y la sangre se detuvo en el interior de sus venas. Incluso sus pulmones parecieron perder la capacidad de recoger aire.

—Este hombre fue quien asesinó a su marido —confesó el policía con una desmedida tristeza—. Se llama Francisco Vega, es un habitual de la prisión. Ha confesado ese crimen después de un interrogatorio por otros temas del pasado. Tirando del hilo hemos llegado a un origen que, la verdad, no esperábamos. Al parecer todo sucedió por un tema de apuestas de juego. Su marido le debía, supuestamente, bastante dinero.

Le encerraremos para siempre —prometió con firmeza—. Creía que debían ser los primeros en conocer su detención y la identidad y aspecto del asesino —concluyó.

Mi madre, aún absorta por la imagen que acababa de ver en aquella fotografía, se giró hacia mí y se me acercó mientras extendía la imagen. Sin embargo no la recogí. Me volví hacia el interior de nuestro hogar y me introduje en mi habitación, encendí el equipo de música y la guitarra de Steve Clark entonando los primeros compases del *Switch 625* me alejó de aquel lugar, y de aquel odioso regreso al pasado, donde sólo nos podían aguardar viejos fantasmas y dolor, un dolor pretérito pero del que aún quedaban heridas sin cicatrizar.

Imaginé a mi madre hablando con el policía, despidiéndose de él, dándole las gracias por el fabuloso, aunque algo tardío, trabajo policial. Antes de cerrar la puerta le devolvería la fotografía, no

sin antes echarle un último vistazo a aquel tipo. A su media melena, negra y grasienta. A su mejilla cortada en una dolorosa cicatriz. A su mentón cuadrado y su exagerada nuez. Incluso prestaría atención a la camisa de tirantes que vestía, y que le marcaba un torso velludo. Pero sobre todo se fijaría en su brazo derecho, el que había empuñado un cuchillo que había hundido cuatro veces en el cuerpo de su marido, de mi padre. Un brazo que lucía un tatuaje que llenó de dudas lo ocurrido siete años atrás. El tatuaje de un As de picas.

Ernesto Tubía Landeras. Técnico de laboratorio por obligación y escritor por vocación, hace diez años empiezo a mandar mis escritos a diferentes concursos literarios. En esa década he obtenido cerca de 170 premios literarios en el ámbito del relato y la novela corta, y he publicado cinco libros. Hace tiempo que descubrí que la existencia sólo es plena cuando dejas por escrito tus sueños, tus miedos, tu pasión. Y en ello estamos...

Paciencia

Santiago Eximeno Hernampérez

—Te quiero —dice mi madre.

Cuarenta años cumplidos y todavía soy la misma ilusa que cree que esas palabras van dirigidas a mí. Como si no llevara esperándolas toda una vida. Quizá esta vez lo he creído porque la situación, quieras o no, me supera. O quizá haya sido la hora; ya hemos dejado atrás la medianoche y las princesas nos convertimos en calabazas.

En realidad no hay más explicación que esa, soy una ilusa, pienso mientras sonrío y me cruzo de brazos.

—Te quiero —repite mi madre.

Se lo susurra a mi padre. Al oído, un beso no correspondido en

dos palabras. Los contemplo allí, sobre el lecho que han compartido tantas veces, desde la puerta de su dormitorio. Mi madre susurra nuevas palabras mientras acaricia el rostro de mi padre con una mano que, por un instante, en la oscuridad del cuarto, semeja una araña, pero desde donde estoy no puedo oírlas. Y quizá tampoco quiero. Lo que quiero es entrar en el cuarto, encender la luz, llamar su atención, como he hecho tantas otras veces desde que tengo memoria. Quiero ser yo la que diga todas esas cosas que no se han dicho a tiempo; yo también vivo en esta casa y si no fuera por mí estarías sola, madre. No lo hago. No tengo valor para interrumpir esta intimidad inesperada, esta exhibición de cariño privada. Soy una *voyeur*, una espectadora sin entrada.

Vuelvo al salón, me siento en el sofá. En el televisor, que no recuerdo haber encendido, emiten una película en blanco y negro, de vaqueros, una de esas que mi padre nos obligaba a ver a mi hermano y a mí cuando éramos pequeños. Nunca se sentó con nosotros a ver los dibujos animados. Nunca me cansé de esperar que lo hiciera. Busco el mando de la televisión, perdido entre cojines y trapos y revistas amontonadas, y la apago. Veo que en el dorso de la palma de mis manos han aparecido nuevas manchas. Cada año brotan más, ya debería estar acostumbrada, pero todavía me siento incómoda con estas evidencias que certifican que me hago vieja, que me convierto en un remedo triste de esa tía Tula

que me obligaron a leer en el instituto.

Suena el teléfono, me sobresalto. Es el móvil, lo he dejado sobre la mesilla del dormitorio de mis padres. Me apresuro. Abro la puerta, entro y camino a oscuras hasta la mesilla mientras la melodía repiquetea, mientras la vibración hace que el móvil tiemble y se agite como si quisiera demostrarme que está vivo.

—¿Sí? —susurro tras descolgar y salgo del cuarto.

Mi madre continúa hablando al oído de mi padre. A pesar de las horas que son es improbable que vuelva a dormirse. No lo vamos a lograr ninguna de las dos, así que ni siquiera lo intentamos. Entorno la puerta. Pienso durante un momento si debería encender la luz, sentarme en la cama, hablar con mi madre. Hablar.

Lo descarto casi de inmediato y vuelvo al salón.

—¿Cómo está? —pregunta mi hermano.

—Bien —respondo sin estar segura de por quién pregunta, pero vuelvo al dormitorio para cerciorarme.

Mi hermano y su preocupación fingida. Mi hermano y su verdadera familia: su mujer y sus cuatro hijos. Mi hermano, a pesar de todo el preferido de mi madre. Limita sus visitas a las ocasiones ineludibles, se muestra incómodo al cabo de un par de horas, apenas conversa conmigo. Se parapeta tras los niños para evitar los abrazos, las muestras de cariño. También las preguntas

incómodas. Con todo, es el favorito. Siempre lo ha sido. El ángel de la familia. De la mía.

—Bien —repito.

En realidad quiero decirle que no venga, que da igual, que no importa, que nadie le va a echar de menos, que yo puedo, como siempre, hacerme cargo de todo. No lo verbalizo, aunque sé que debería hacerlo. Cortar de una vez por todas esos falsos lazos que pretenden mantenernos unidos. Aceptar que el reloj guía su vida como el calendario guía la nuestra.

Mi madre susurra, y los susurros son el arrullo de mi impaciencia. Ese torrente de intimidad que se desliza por las sábanas, que se desborda por el cuarto y se aleja de su destinatario original; que invade mi espacio personal, si en realidad dispongo de algo que pueda denominar así sin ruborizarme.

—¿Ha llegado...? —dice mi hermano.

Yo niego con la cabeza, como si la distancia insalvable que nos separa no fuera impedimento para comunicarnos. El reloj de pared del salón celebra las cuatro de la madrugada. No son horas, no son horas para esto. Estoy cansada, no quiero hablar.

—Si quieres... —dice mi hermano.

—No —le interrumpo—. No. No hace falta. De verdad. Por la mañana nos vemos y hablamos. Te llamo otra vez dentro de un rato; en cuanto vengán, en cuanto sepa qué vamos a hacer.

Tras unos segundos de silencio mi hermano bufa un asentimiento y se despide. Por la mañana nos vemos. Es otra de esas ocasiones ineludibles. Otra lección de paciencia.

De pronto tengo la necesidad de darme una ducha. De sentir cómo el agua enfría mi piel. Soy consciente de lo incómodo de esta necesidad inesperada, de lo inadecuado que será si me encuentro en el cuarto de baño cuando llegue la mujer del seguro, pero en el fondo me da igual. Cuarenta años. Ilusa, sí. También desobediente y rencorosa.

La misericordia se ausenta cuando entro en el cuarto de baño. Mi reflejo en el espejo me deprime. Me desnudo con rapidez —solo llevo la bata puesta sobre el camisón— y me meto en el cubículo un instante después de abrir el agua. Siento la humedad en la cabeza, en mi cuerpo. Me estremezco cuando las lágrimas se pierden entre la espuma. No tardo mucho, apenas unos minutos, y después me seco con mi toalla. A conciencia, cada centímetro de mi cuerpo, hasta que la piel enrojece al mismo ritmo que lo han hecho mis ojos.

No mucho después, vestida de calle y sentada en el sofá, oigo cómo llaman al telefonillo. Es la mujer del seguro. Abro el portal y espero en la entrada, con la puerta abierta. Viene acompañada de dos agentes de policía.

—Buenas noches —dice uno de ellos al entrar.

Me pregunto qué diría yo en una situación como esta y no se lo reprocho. El otro agente se mantiene en silencio, con ambas manos jugueteando con los elementos de su cinturón, mirando al techo, al sofá, al televisor vacío. Quiero decirle que si lo que busca es entendernos, que si lo que quiere es saber qué tipo de gente vive aquí, mire a la estantería. Que se pierda entre los lomos de los libros como el eremita se pierde entre las montañas. Ahí está lo que somos, o al menos lo que queremos aparentar.

—Me llamo Sara —dice la mujer del seguro.

Me tiende la mano al mismo tiempo que me acerco para besarla. Retrocedo un paso y tomo sus manos —fría, blanda— entre las mías. No hay consuelo en ellas, solo distancia. Profesionalidad. Sonrío, me cruzo de brazos.

—¿Quieren tomar algo? —pregunto al vacío.

—No se preocupe, señora, no es necesario —dice uno de los agentes.

—Entendemos la situación —dice el otro, el curioso.

Ninguno me mira. Entienden la situación, pero no me miran.

—El juez vendrá pronto —dice Sara—. El doctor se ha marchado ya, ¿es así?

—Sí —le digo—. Me ha dejado unos papeles.

—Bien, luego comprobaremos que está todo en orden. A veces se

olvidan de rellenar la hora, o apuntan otra fecha. Sobre todo si ocurre a estas horas, y un sábado. Imagino que todos somos seres humanos y cometemos errores.

—Sí —digo.

—¿Dónde está el cuerpo, señora? —pregunta uno de los agentes.

El cuerpo. Con dos palabras convierte toda una vida en un objeto inservible, algo que hay que recoger, empaquetar y enterrar dos metros bajo tierra.

—En el dormitorio —digo, y les acompaño hasta el cuarto de mis padres.

Mi madre alza la cabeza cuando entramos. Nos mira con reparo, pero no se levanta de la cama. Tiene el brazo izquierdo apoyado sobre el pecho de mi padre, la boca muy cerca de su oreja izquierda. Sigue con su letanía susurrada, no se interrumpe aunque los agentes de policía la miren con la boca abierta.

—¿Qué hace? —murmura Sara.

No me mira. No aparta los ojos de mi madre.

—Se despide —digo yo.

No le digo que lleva una eternidad despidiéndose, que incluso el doctor ha tenido problemas para auscultar a mi padre, para certificar que había fallecido. Parada cardíaca, como si la muerte no conllevara ese efecto. No le digo nada de los besos y del

monólogo interminable porque eso no es cosa suya. Ni mía. Ni siquiera de los agentes de policía, que amablemente han salido del cuarto y se han refugiado en la cocina.

Tampoco hablo de las discusiones, de los gritos, de los malos modos. De la falta de respeto, de lo que nunca hemos querido interpretar como miedo. De la amenaza y la distancia. De todo lo que no hablamos cuando estamos solas.

—Deberíamos... cubrir el cuerpo —dice Sara.

Yo asiento, pero salgo del cuarto. Que lo haga ella si quiere. Yo ya he tenido bastante por esta noche. Voy a la cocina.

—Señora —dice uno de los agentes al verme llegar.

—Yo sí aceptaría esa bebida ahora —dice el otro—. Un vaso de agua estará bien.

—Claro —digo, y saco la jarra de agua de la nevera—. Ahí tienen vasos.

Me reúno en el salón con la mujer del seguro, que se lleva los dedos a la boca mientras da vueltas sobre la alfombra. Qué extraño baile configuran sus pasos erráticos. Me mira, abre la boca, la vuela a cerrar. Tendría que pasar la aspiradora por la alfombra. Siempre dejo las cosas para el final.

—¿Los papeles...? —dice.

—En el sofá.

Ella me mira desconcertada. Yo me limito a levantar los asientos. Debajo se amontonan papeles, cartas sin abrir, periódicos, carpetas. A mi padre siempre le ha gustado guardar las cosas bajo los asientos del sofá. Imagino que ahora ya le dará igual que husmeemos, que descoloquemos este extravagante puzle incompleto mientras buscamos los papeles del seguro. Los encuentro debajo de la publicidad de un restaurante chino. Se los entrego a Sara y, tras ordenarlo todo de nuevo minuciosamente, me siento de nuevo en el sofá. Leo los platos del restaurante chino en el folleto publicitario, miro la hora.

Llaman al telefonillo.

—No se preocupe, ya abro yo —dice uno de los agentes.

No me preocupo. Pienso en qué voy a comer hoy. Imagino que acaba de llegar el juez para levantar el cadáver. Para certificar el fallecimiento. Infarto. Quizá deberíamos haber llamado antes, pero no sabíamos lo que había ocurrido. Eso he dicho. Hace tiempo que mi madre duerme en el cuarto de invitados. Ha debido ser de repente. Eso he dicho. He oído algo, un gemido, algo que ha llamado mi atención, y al entrar en el cuarto me he encontrado a mi padre muerto. Entonces he avisado a mi madre y ella se ha tumbado a su lado. Para despedirse. Eso he dicho.

—¿Quiere que...? —dice la mujer del seguro.

—No —respondo—. No. Hable con mi madre.

Yo ya no tengo ganas de hablar. Bostezo. Uno de los agentes se despide, se marcha. El juez habla con la mujer del seguro, rellenan más papeles. Pronto tendré que firmar algunos de ellos, o quizá tenga que firmarlos mi madre. Desde el salón todavía puedo oír cómo repite una y otra vez te quiero te quiero te quiero te quiero. Todos los te quiero que me escamotea se los ofrece a mi padre muerto.

Vuelvo a leer la carta del restaurante chino y cojo el teléfono. Es demasiado pronto, todavía no han abierto. En fin, tendré paciencia.

La misma que he tenido mientras mi padre lloraba y suplicaba que llamara al médico.

Santiago Eximeno (Madrid, 1973) ha publicado novelas como *Alicia en el sótano* (Libros.com, 2015), libros de relatos como *Lo Grotesco* (Enkuadres, 2017) o *Umbria* (El Humo del Escritor, 2013), libros de ficción mínima como *Un escarabajo de siete patas rotas* (Amargord, 2013) y numerosos relatos en diferentes antologías y revistas. Ha sido traducido a varios idiomas y ha ganado varios premios, entre ellos el Premio Noche y el Premio Ignotus.

Volver a empezar

Jesús Zaplana García

Debí haberlo rechazado desde el principio. Hubiera sido lo más sensato. Solo un estúpido hubiera aceptado un encargo de esas características. Un estúpido como yo. A veces me pregunto si realmente tuve elección. Si hubiera podido declinar el trabajo, tomar otro camino. La respuesta es categórica, inapelable. Por supuesto que no. Soy tan inteligente como esos mosquitos que, en medio de la noche, se apresuran a achicharrarse contra el foco de una farola. Ellos, como yo, probablemente sepan de antemano que la idea es pésima. Que las cosas acabarán espantosamente mal. Y sin embargo, caminamos con paso firme e inexorable en pos de nuestro destino. Como una Armada Invencible embistiendo a su tormenta perfecta.

Alguien había dejado un sobre en mi escritorio. Tengo un minúsculo despacho, una oficina compartida en la esquina de Mogambo con Volver a Empezar. Siempre me ha apasionado el

cine. Por eso —por peliculero— me cautivó tanto el comienzo de la historia, ese misterioso sobre sin matasellos. Sin remitente ni membrete. Tan solo un lema impreso a ordenador, una palabra, mi primer apellido: Zubeldia. En su interior, una cuartilla con un nombre y diez mil euros en billetes de quinientos. Los conté tres veces, metida la cabeza entre las piernas. Aflojado el nudo de la corbata, parapetado en el espacio entre la silla giratoria y el tablero sobre el que reposaba mi PC. Un sudor frío resbalaba desde la nuca por mi espina dorsal, empapando a su paso la camisa. Diez mil euros y un nombre. Ni una indicación de qué hacer. Ni un teléfono o correo electrónico. Ninguna instrucción. Nada. Parecía idílico. Parecía maná caído del cielo. Parecía... la jugarreta más grande que pudiera sobrevenirle a un investigador privado.

Para empezar, invitaba a sospechar el hecho de que se me pagara por adelantado. Un trabajo (¿qué trabajo?) que mi mecenas ignoraba si iba a ser capaz de realizar. Llegué incluso a pensar que el dinero era falso. Recordé entonces que en la sala de fotocopias teníamos una máquina para reconocer billetes. A la hora de comer me deslicé hasta allí y comprobé que todos eran de curso legal.

Empleé esa tarde y la mañana del día siguiente en tratar de averiguar quién había depositado el sobre en mi despacho. Unas placas de pladur levantadas desde el suelo a intervalos nos proporcionaban una precaria intimidad. Confiaba que hubieran

sido insuficientes, que hubieran servido por una vez para algo positivo. Pregunté detalles a mis compañeros de espacio vital. Un licenciado en filosofía que se ganaba la vida invirtiendo en bolsa, una filóloga que vendía joyas *on line*, una abogada laboralista, un universitario que había puesto en marcha una web para veganos. Nada de nada. Lo más probable es que un mensajero —o alguien disfrazado de esa guisa—, hubiera traído la misiva a media mañana. La cuarta planta de Mogambo con Volver a Empezar bulliría de clientes, transportistas y trasiegos de desayunos. Retorné al punto de partida. Un nombre y veinte Bin Laden en un sobre huérfano y triste.

Leire Martínez de Aguirre Aldaz. Ese era el nombre. La identidad que había valido diez mil euros en mi cuenta corriente. Con esa filiación, solo podía ser más navarro San Francisco Javier. Consulté en Google. En las primeras coincidencias encontré otro revés. El buscador ofrecía algunos artículos, en los que tachaba el sintagma «de Aguirre» e ignoraba directamente el segundo apellido. Hubiera sido demasiado sencillo. La cantante donostiarra de música pop que me proponía internet en absoluto servía a mis intereses.

Si el mecenas había acudido a mí significaba que esa mujer debía de encontrarse en Madrid. Otra cosa hubiera carecido de sentido. Recurrí entonces a Leandro, mi amigo en la Junta Municipal, Distrito Centro. Unos huevos de Lucio y dos entradas de tribuna

para ver al Atleti en Champions me valieron una valiosa pista. Una pista que me llevó hasta la Costanilla de los Desamparados.

La galería de arte «El beso» exhibía una veintena de lienzos de marcada estética rococó, con tonos pastel en escenas bucólicas que —supuse— seguían la estela al Fragonard que daba nombre al local. Tras el mostrador, una dicharachera jovencita con gafas de pasta rosa y un piercing atravesado en su labio inferior me contó que la jefa —Leire— no estaba, que había salido, que solía desayunar en una terraza próxima, entre Huertas y Moratín. Le pregunté cómo la reconocería. Rio. «Da igual cuántas mujeres encuentre. Busque a la más atractiva, esa que se llevaría a la cama sin dudarlo en primer lugar».

La indicación me pareció tan grosera como inútil, pero estimuló mi ego de investigador. Acepté el reto. Acudí a la plazoleta que surgía por la intersección de esas dos calles, pensando en todo lo que no podía controlar: a lo mejor ese día Leire había decidido cambiar de lugar, o en ese preciso instante había entrado al baño, o se había acercado a comprar tabaco. Me senté en una ubicación periférica y me dispuse a observar. Una madre acunando un carrito. Jovenzuelas intercaladas con chicos en una excursión de instituto. Un par de mujeres maduras con sendos portátiles en sus fundas.

Joder. Era ella. Estaba justo a mi izquierda. Tenía el cabello moreno, en un corte moderno, algo por encima de la nuca. Una

capa de rabioso carmín cubría sus labios. La boca era armoniosa, y hacía un movimiento inconsciente que le formaba un hoyuelo en la mejilla. Sus ojos, grandes y de color miel, parecían abarcar todo su entorno. Yo incluido, sí: noté que me escrutaba en transversal, sin mirarme directamente. Sus manos eran largas, blanquecinas y de dedos esbeltos. Como su cuello. Llevaba una camisa clara que, al sol de la mañana, perfilaba el volumen de unos pechos pequeños. También me parecieron firmes y más que apetecibles.

No se trataba de un rasgo en particular. Tampoco la suma de las partes, aunque las partes por separado fueran bellas. Se trataba de algo invisible y difícil de describir que emanaba de su presencia. Una especie de código. Algo así como una llamada animal, una sensualidad irresponsable y desmedida. Se le acercó un hombre impecablemente vestido, con gafas de sol. Pronunció su nombre. Ella se levantó y echó a andar hacia el Paseo del Prado. Parecía que flotara sobre el pavimento. El otro la siguió. Un coche los esperaba. Montaron los dos, ella detrás, él como chófer. Partieron.

Corrí hasta la misma posición y paré un taxi. Le pedí al conductor que siguiera al BMW negro que se divisaba aún en el siguiente semáforo. Como en las películas. Seguía noqueado por el magnetismo de esa mujer. Cambiaron de sentido en Atocha. Giraron a la derecha junto al Palacio de Comunicaciones. Se detuvieron frente a la puerta de un hotel en Velázquez. Hubiera

sido estúpido entrar. En la acera de enfrente había una cafetería con una enorme cristalera. Tomé asiento pegado a ella. De nuevo en mi garita. El oficio de investigador. Y el tiempo como titánico adversario que continuamente te pone a prueba. Que mide tus reservas de paciencia. No necesité demasiadas tazas de ella para comenzar a comprender algunas cosas.

Media hora después, estacionó un coche con lunas tintadas. De él se bajaron dos tipos espectaculares. Parecían estrellas de lucha libre disfrazadas de ejecutivos. Si no eran guardaespaldas estaba dispuesto a cortarme un brazo. Se escurrió un tercero luego, con mucha prisa y por el lado derecho del vehículo, lo que me impidió verlo con total nitidez. Esa imagen se le hubiera escapado a cualquier retina profana. También el ojo se entrena, y los míos estaban en buena forma. Sabía perfectamente de quién se trataba.

No podía ser una casualidad. Aposté mentalmente a que se repetiría la secuencia, pero al revés. Gané. Solo tuve que esperar dos horas más. Aparcó en la puerta el coche de lunas tintadas. Bajó uno de los lacayos. Escrutó el entorno. Me miró con nulo interés. Como quien repara en un insecto. Habrían pasado un par de minutos cuando el visitante encaró el vehículo. Ahora parecía disfrutar de la pausa. Se le veía de buen humor. Se permitió, incluso, palmear la espalda al gorila que le sujetaba la puerta. Tan alto. Tan cómicamente desgarrado. Con esos ojos tan azules. Y esa dinástica desenvoltura.

Leire apareció veinticinco minutos más tarde. Aparentemente estaba igual. Su peinado, el carmín. Quizá un ligero rubor en la mejilla. O quizá imaginaciones mías. Alguien le paró un taxi. Esta vez no me molesté en seguirla. Ya no me hacía falta.

Me senté en esa terraza de Huertas con Moratín durante dos semanas, todos los días. A veces Leire hacía acto de presencia. Otras, no. El chófer de incógnito se presentó en tres ocasiones. Las mismas en que esprinté para parar un taxi y seguirlos. La primera vez los perdí. Las otras dos acabé el rastreo en la puerta de un hotel. Cambiaban de madriguera, claro. Tomaban precauciones. No siempre fue fácil camuflarme. Pasar desapercibido es otro arte. Debería escribir un tratado. Quizá algún día lo haga. El fulano siempre aparecía un rato más tarde. Con las patas de flamenco y esa perenne sonrisa de necio. Es posible que no hable yo, sino la envidia. El bastardo se estaba beneficiando a una diosa.

La información estaba más que contrastada. Seguía sin tener muy claro quién era Leire Martínez de Aguirre Aldaz. Daba igual: sabía lo suficiente. En qué esferas se movía, con quién alternaba. Tenía una información que valía diez mil euros. Probablemente, más. La cuestión era qué pretendía mi anónimo mecenas que hiciera con esa información. Sobre todo en una nación ofuscada con un pacto de silencio, obcecada en taparlo. La conjura del cuarto poder, la excepción a la norma. Paradójico para este país

de envidiosos, prolífico en estocadas traicioneras. Un privilegio más para disfrute de quien no es como los demás.

La tentación era muy grande, pero preferí no meterme en líos. Hice lo más fácil: no hacer nada. No revelé mi secreto. Ni siquiera me lo conté a mí mismo. Quería morir con él, como los héroes de las películas. Leales, sufridos. Inmunes a contratiempos. Continué con mis rutinas.

Luego vino la paliza. El hospital. La dolorosa convalecencia. La rabia serena. Mi cambio de parecer. Acudía de vez en cuando a la terraza de Huertas con Moratín, por darme el gusto de ver a Leire. Contemplarla un rato desde lejos. Abandonarme a sus encantos. Nada más. Y un día aparecieron. Me prendieron por detrás. Cada uno de un brazo. Me arrastraron hasta el callejón contiguo. Dio igual que estuvieran montando un numerito a plena luz del día. Dio igual que hubiera una comisaría a tiro de piedra. Me reventaron la cara a patadas. Estuve en urgencias cuatro días. La nariz rota, coágulo sanguíneo en los ojos, varias piezas dentales perdidas. La faz de un monstruo. Apártate de ella, me dijeron. Desayuna en otro lugar. O en tu puta casa. La próxima vez no seremos tan amables.

Eso me espoleó. Quizá no haya tenido éxito en la vida, pero a mí nadie me ha marcado nunca el paso. Y mucho menos un imbécil con rostro de querubín. Toqué varias teclas. Tanteé a algunos amigos en la prensa. Sin entrar en detalles, solo vaguedades.

Algunos me dieron largas. La mayoría directamente se negó. Encontré a uno dispuesto. No sabía si me habían pinchado el teléfono, si me seguían. Le cité en el metro, línea uno, estación Sol. Viernes, a las ocho de la tarde. Los andenes, atestados. No mediamos palabra. Había redactado un dossier perfectamente estructurado con toda la información. Se lo entregué antes de apearme en Tribunal. Que se sepa, le dije. Haz que todo el mundo lo sepa.

Tenía ley a ese tipo. Lo consideraba honesto. Aunque no hubiera puesto por él la mano en el fuego. Ni por él ni por nadie. Soy demasiado viejo para eso. Pasaron los días sin novedades. Calma chicha de puertas afuera. Zozobra en mis entrañas. Empecé a sospechar que me había hecho la cama. Salía a la calle con miedo. Por fin, tras diez días, la noticia. Medio impreso de tirada nacional, en portada. Habían acompañado dos fotos, como en mosaico. A la izquierda, Leire. Él a la derecha, su cabeza sobre las lunas tintadas. Al fondo, otro hotel madrileño. Prendida la mecha, venganza consumada. Con Zubeldia no se juega.

Esta vez sí me encontraba en mi despacho de Mogambo con Volver a Empezar. Acababa de prepararme un café. A veces aún me dolía la mandíbula al sorberlo. O en los cambios de tiempo. Gajes del oficio. Un repartidor me entregó un sobre. En blanco, sin membrete. Mi apellido escrito en el espacio destinado al destinatario. Le habrían dado la dirección de viva voz. No

contenía dinero. Mi mecenas había sido más generoso escribiendo. Dos frases y una inicial. *Van a por ti. Gracias. L.*

Atribuí la inicial a Leire. Quise atribuírsela, mejor dicho. Me habría gustado que la nota hubiera nacido de sus dedos largos y blanquecinos. Pronto lo descarté. Era absurdo. Leire había sido empujada a la palestra. La portada en prensa habría arruinado su confortable anonimato. Ahora estaría expuesta a las alimañas.

Algo, aunque no mucho más tarde, até cabos. Ella tenía el motivo y el dinero. En cuanto a la información, bebería de sus propias fuentes. No me costó demasiado recordarlo. Me refiero al nombre de pila de la consorte. Una plebeya que había medrado por promoción nupcial.

Seguí su consejo. Puse pies en polvorosa. Claramente había salido perdiendo. Un negocio ruinoso. Diez mil euros no suponían más que migajas. Ahora, como en la película, me tocaría Volver a Empezar.

Jesús Zaplana García (Cartagena, 1975). Licenciado en Historia, reside desde el año 2004 en Madrid, donde compatibiliza la escritura con su empleo en una librería. Tras varias menciones y publicaciones de sus relatos en diferentes antologías, se dio a conocer como novelista con *La conspiración magiar* (ed. Seleer, 2016), que abrió la saga de género negro protagonizada por Ugarte, y que ha tenido una magnífica acogida entre la crítica y los lectores. También perteneciente a esta serie, *Asuntos propios* (ed. Seleer, 2017) es su segunda novela publicada. Entre otros manuscritos aún inéditos del autor cabe destacar la novela histórica *El canto de la moneda* o la de aventuras *El Codex*.

Zapatos

Israel López Escudero

Una noche fría de febrero, Anne Huxley saltó desde el puente del Golden Gate. Sus padres me llamaron dos semanas más tarde.

Los Huxley vivían en una mansión en Belvedere Island. Cuando entré me pareció estar cruzando las puertas del Cielo. Sentí que no era digno de estar allí, que en algún momento sonaría una alarma y un guardia de seguridad me echaría de malas maneras. En lugar de eso, un tipo alto, vestido con un uniforme con el que uno podría ir a una boda sin llamar la atención, se me acercó solemne.

–Espere, por favor –me dijo, muy en su papel, sin indicarme un lugar en el que tomar asiento. Se marchó por una puerta de madera oscura. Cuando reapareció, un par de minutos después,

me pidió que le siguiera.

Mary y Bruce Huxley, callados, compungidos, y muy ricos, me esperaban en una estancia a modo de biblioteca. Estaban sentados en un sofá de piel, cogiéndose la mano en un gesto de dolor. *Afrontaremos juntos esta desgracia*, parecían querer decir. En cuanto empezamos a hablar, sin embargo, sus manos se separaron y ya no volvieron a juntarse.

Después de las presentaciones, el señor Huxley me explicó por qué me había hecho llamar. Al parecer él y su mujer tenían la certeza de que Anne, su hija menor, no se había suicidado. Al contrario de lo que afirmaba la policía, ellos sabían (la gente siempre sabe) que Anne no se había tirado desde el puente Golden Gate, sino que alguien la había empujado.

—Fue este hombre —intervino entonces la señora Huxley, rebuscando con manos temblorosas en una carpeta que había sobre una mesa baja de nogal. Con la ayuda de su marido (molesto de que le hubieran arrebatado momentáneamente el protagonismo de la conversación) la señora Huxley extrajo una fotografía grande. En ella aparecía, en primer plano, el rostro de un hombre de unos treinta años, delgado, con el pelo corto y unas facciones llamativas, como si el contorno mismo de su cara dibujara la figura de un triángulo invertido. Llevaba unas gafas redondas, de un millón de dioptrías, que le daban aspecto de perturbado.

Miré la foto con detenimiento. No era una imagen sacada de internet o robada en la calle con un teleobjetivo. Era la ampliación de una foto oficial, seguramente del carné de conducir.

—¿Quién es?

—Pavel Veksler —dijo el señor Huxley, con tono acusador—. Fue visto marchándose del puente, muy poco después de... lo que le pasó a Anne.

—¡Iba corriendo! —exclamó la señora Huxley.

—Se marchó de allí corriendo —dijo el señor Huxley, más tranquilo, como si su mujer no hubiera sabido expresar bien los hechos o yo no hubiera sabido entenderla—. Al parecer se llevó los zapatos de Anne en una bolsa.

—¿De dónde han sacado esta foto?

—No importa —respondió el señor Huxley, pero casi al mismo tiempo la señora Huxley dijo:

—Bruce tiene amigos en la policía.

El señor Huxley clavó la mirada en su esposa, echándole una reprimenda silenciosa que resonó por toda la estancia. Decidido a no sentirme incómodo, opté por ignorar la dinámica entre marido y mujer y seguí hablando.

—¿Y en la policía qué les han dicho?

—Insisten en que es un suicidio —dijo el señor Huxley—. Según las

cámaras de tráfico, los tiempos no coinciden. Pavel Veksler llegó al puente tres minutos más tarde.

—¿Les han enseñado alguna grabación?

La señora Huxley estalló en lágrimas.

—Yo no... no pude verla... —balbuceó entre sollozos.

—Sí, nos las enseñaron —dijo el señor Huxley, tratando con cierta condescendencia la repentina muestra de dolor de su esposa—. Pero esas grabaciones, ya saben, van a saltos. Graban cada pocos segundos. Se ven... se ven raras.

—Ustedes creen que la cámara miente.

—Las máquinas se estropean todo el tiempo. Y además, ¿qué hacía aquél hombre allí? ¿Justo allí, y justo en ese momento? ¿Por qué se llevó sus zapatos?

—¡Anne no saltaría nunca! —estalló la señora Huxley, obligando a sus palabras a abrirse paso entre el llanto— ¡Nunca!

No dije nada, asumiendo que habría una pausa en la conversación en la que el señor Huxley trataría de consolar a su esposa. En lugar de eso, Bruce Huxley siguió hablando, como quien ha sido interrumpido por algún sonido molesto.

—Queremos que investigue a este hombre —dijo—. Que lo localice, que le siga. Queremos pruebas de que fue él quien empujó a mi hija.

Esta última frase alimentó más aún el estado de desconsuelo de la señora Huxley. Ahora sí, su marido no tuvo más remedio que hacerle caso. Le pasó una mano por encima del hombro mientras con la otra le acariciaba una pierna. Me pareció que no tenía mucha práctica en aquel campo.

Tardé dos días en localizar a Pavel Veksler, y sólo tres en hacerme amigo suyo. Era un tipo extremadamente tímido, pero como todos los que rehúyen el contacto social, en realidad Pavel lo ansiaba obsesivamente, aunque no fuera consciente de ello. El pobre hombre iba por el mundo como si tuviera que pedir perdón por su propia existencia. Como si todosuviésemos nuestra propia mansión en Belvedere Island excepto él.

Pavel se pasaba la mitad del día en su casa y la otra mitad rondando el puente del Golden Gate. Por las mañanas desayunaba en una cafetería en Geary Boulevard, entre la Avenida 25 y la 26. Allí lo vi por primera vez, y allí, después de un par de conversaciones casuales, me gané su confianza. Le dije que era coleccionista de libros viejos, y él, emocionado como un niño, me dijo que también tenía una colección. A pesar de su aire reservado, de su coraza adquirida a lo largo de una vida de desengaños, el brillo de sus ojos me imploraba que mostrara interés.

—¿También colecciona libros? —le pregunté.

Sentí que Pavel hacía un esfuerzo para no explotar de alegría.

—No —respondió—. Otra cosa.

En la casa de Pavel en Balboa Street reinaba el desorden, el típico microcosmos en el que sólo habita una persona que no necesita responder ante nadie. Después de ofrecerme un vaso de agua (no tenía nada más en la nevera) me guió hasta una habitación en la planta de arriba.

Allí, expuestos en estanterías y meticulosamente ordenados, había cientos de pares de zapatos. Los había tanto de hombre como de mujer, y de muy distintas tallas. Algunos parecían nuevos, otros estaban gastados. Me acerqué a estudiarlos más detenidamente, tratando de que mi expresión de asombro pasara por admiración, y observé que junto a cada par Pavel había colocado un pequeño rectángulo de cartulina, en el que figuraban anotadas una fecha y una hora. Cuando localicé los zapatos bajos de color verde que habían pertenecido a Anne Huxley, pude leer:

17 FEBRERO 2015

03:32 AM

Pavel me miró, nervioso, escrutando mi rostro en busca de desaprobación o burla. Noté que se arrepentía de haberme llevado hasta allí, de haberme dejado entrar en su templo secreto.

–¡Esto es increíble! –exclamé, dejando bien claro que aquella era una expresión de admiración. Como esperaba, el inseguro Pavel Veksler volvió a abrirse de nuevo. Y se explicó.

Cinco años atrás, en una de esas revistas que se amontonan en las salas de espera del dentista, Pavel había leído un artículo que le marcaría para siempre. Según un estudio realizado por la Universidad de Oslo, el noventa y tres por ciento de los suicidas que escogen tirarse al mar o a un río para acabar con su vida, se descalzan antes de hacerlo.

Aquella revelación llegó en una época complicada en la vida de Pavel (no quiso darme más detalles sobre qué complicaciones eran ésas) y un día se descubrió saliendo de casa, atravesando a pie el parque de Presidio, llegando al puente del Golden Gate, cruzándolo hasta la mitad, y quedándose a esperar, con un bocadillo y el periódico, a que alguien fuera allí a tirarse.

Al principio su única intención era averiguar si lo que decía el artículo era verdad.

Entonces sucedió. Un hombre (mediana edad, calvo, gabardina marrón oscuro, corbata de seda roja... Pavel me lo describió con todo detalle) se subió a la barandilla roja del puente y saltó. En el suelo, justo en el sitio donde el hombre había estado mirando el agua antes de decidirse a saltar, habían quedado sus zapatos. Pavel se apresuró a enseñármelos. Eran un par de Clarks ingleses

del número 43, de piel negra. A su lado, un pequeño letrero de cartulina informaba:

9 SEPTIEMBRE 2010

06:41 PM

–No sé muy bien por qué lo hice. No quería robarlos, porque no eran de mi talla. Fue más bien que quise... quise...

–Preservarlos –dije yo, como si fuera algo evidente. Como si llevarse los zapatos de un muerto fuese lo socialmente esperado.

–¡Preservarlos, sí! –exclamó Pavel, feliz de comprobar que yo le comprendía. Y repitió (quizás también para sí mismo y no solo para mí):– ¡Preservarlos!

De forma gradual, semana a semana, Pavel convirtió aquel acto repentino en una rutina. Al principio iba al puente sólo de vez en cuando. Ahora lo hace todos los días. Monta guardia varias horas, a veces por la noche, a veces justo antes de que amanezca. La experiencia le ha enseñado que a esas horas la probabilidad de suicidio es mayor. Si, cuando alguien salta, resulta que se ha descalzado antes de hacerlo (y casi siempre es así) Pavel se acerca a toda prisa, mete los zapatos en una bolsa de plástico, los guarda en su mochila y anota el momento exacto del suceso.

Durante una semana más seguí quedando con Pavel, tomando notas para completar el informe que había de entregar a los Huxley. Un día, mientras estábamos en la habitación de los zapatos, me confesó un poco avergonzado que a menudo se encerraba allí, que se tumbaba en el suelo, en silencio, tratando de oír los gritos de auxilio de aquella gente.

—¿Y qué oyes? —le pregunté, preparándome para asentir con una expresión de naturalidad fuera cual fuera la respuesta.

—Nada —dijo Pavel—. No se oye nada. Si alguien pudiera oírles, no habrían tenido que saltar.

Pavel no estaba bien de la cabeza, pero en mi informe concluí que el pobre tipo no había tenido nada que ver con la muerte de Anne Huxley.

Volví a Belvedere Island para presentarles mis conclusiones a Mary y Bruce Huxley. Mientras esperaba a que el mayordomo me hiciera pasar, me fijé en la enorme lámpara de cristales que dominaba el techo del hall. Con lo que costaba aquella araña descomunal, pensé objetivamente y sin ninguna intención de crítica, podrían pagarse dos años de alquiler de mi oficina en Bernal Heights.

Tras leer mi informe con detenimiento y escuchar mis explicaciones, los Huxley se mostraron inflexibles: Pavel Veksler era culpable. Si no de haber matado a su hija directamente, al

menos sí de haberle negado el auxilio. La señora Huxley llegó a calificarlo, en más de una docena de ocasiones durante la conversación, de monstruo.

—¿Quién se pasa las noches enteras en vela —gritaba— para llevarse a casa un par de zapatos, pero no hace nada por impedir que esa gente salte al agua?

No le quité la razón, pero me era imposible sentir animadversión hacia Pavel. A pesar de su comportamiento errático, de su forma de hablar que alternaba la timidez con la grandilocuencia, de su mirada huidiza y sus manos húmedas, llegó a caerme bien durante el tiempo que fingí ser su amigo.

El último día que nos vimos (la cafetería en Geary Boulevard estaba cerrada, así que desayunamos en una pizzería en la 24 con Clement) le pregunté que por qué creía él que los suicidas, que han perdido las ganas de vivir, se preocupan sin embargo por que sus zapatos no se estropeen con el agua.

—Más que las cartas que algunos dejan a sus familias —me respondió Pavel, como si hubiera pensado mucho sobre el tema— los zapatos son su verdadero mensaje de despedida. Son su último reproche a los vivos. Si te caes al agua sin querer, tus zapatos se van contigo. Pero si los dejas atrás, les estás diciendo claramente a los que se quedan que no ha sido un accidente, que has sido tú quién ha decidido saltar.

Me cuentan que el padre de Pavel, antes de dispararse en la cabeza con un Colt Cadet 22 de segunda mano, también se quitó las gafas.

Israel López Escudero. En el campo de la escritura tengo experiencia como guionista de documental (*Acrobacia Lírica*), videojuego (*Megamagic, Wizards of the Neon Age*) y varios cortometrajes. En mi día a día me dedico a la post-producción audiovisual, sobre todo en el mundo de la publicidad (habiendo trabajado para marcas como Red Bull, Tous, PayPal, Seat, Voll Damm...) y el del videoclip (Violadores del Verso, Ana Torroja, Calamaro, Jorge Dréxler...). Desde hace años también soy profesor de Storyboard y Narrativa Audiovisual en la Escuela Joso, y he dado clases en la Escuela de Cine de Catalunya (ESCAC) y en La Casa Del Cine. Además, como conferenciante, he participado en el festival musical Musiclip, el festival de cine l'Alternativa y en el Salón del Manga de Barcelona.

